ESPAÑOL

ADULTS ONLY: CUANDO CONVIVIR CON NIÑOS SE VOLVIÓ ANORMAL

Sobre la inversión de la normalidad, la comodidad y la exclusión generacional

Xema Gatnau · Agosto de 2026

Imagen conceptual: el confort adults only frente a la continuidad generacional.

Hay un debate recurrente que me indigna cada vez más: el de los hoteles adults only, restaurantes adults only y, progresivamente, toda clase de espacios adults only.

Entendería perfectamente la expresión si significara que estamos ante un lugar específicamente reservado a actividades adultas. Un hotel nudista, un espacio sexual, un club donde se celebran orgías o cualquier actividad objetivamente incompatible con la presencia de menores.

Pero normalmente no significa eso.

Significa algo muchísimo más sencillo: no queremos niños porque molestan.

Y eso es lo que me resulta difícil de comprender.

No estamos hablando de proteger a los niños de algo que no deben ver. Estamos hablando de proteger al adulto de los niños: de sus gritos, de su llanto, de sus carreras, de sus preguntas, de su imprevisibilidad; de todo aquello que los niños llevan haciendo desde que existe nuestra especie.

Y hemos conseguido convertir la ausencia de niños en un producto de lujo. Pagas más y no hay niños. Pagas más y nadie llora. Pagas más y nadie corre alrededor de la piscina. Pagas más y puedes fingir durante unos días que la humanidad empieza a los dieciocho años.

Me parece una imagen extraordinariamente representativa de nuestra época.

«No estamos hablando de proteger a los niños de algo que no deben ver. Estamos hablando de proteger al adulto de los niños.»

1. La inversión de la normalidad

Aquí hay algo que va bastante más allá de la hostelería. Estamos alterando completamente nuestras categorías de lo normal y lo anormal.

Durante prácticamente toda la historia humana, una sociedad estaba llena de niños. No existía el mundo de los adultos separado radicalmente del mundo infantil. Había niños en las casas, en las calles, en las plazas, en los talleres, en las comidas, en las celebraciones, en los viajes.

No porque nuestros antepasados fueran especialmente tolerantes, sino porque eso era una sociedad humana. La convivencia entre generaciones no era una política pública, una teoría moral ni una campaña de sensibilización. Era un hecho.

El niño formaba parte del paisaje humano exactamente igual que el anciano. Y ahora estamos consiguiendo que esa presencia parezca una anomalía: que haya niños en un restaurante empieza a convertirse en un inconveniente; que haya niños en un hotel, en una molestia; que haya niños haciendo ruido, casi en una agresión contra el consumidor que ha pagado por «desconectar».

Es una inversión extraordinaria: lo absolutamente normal durante miles de años empieza a parecernos una perturbación de la normalidad.

2. Y aquí aparece una comparación incómoda

Existe además una inversión todavía más llamativa cuando observamos qué otras formas de convivencia nuestra sociedad considera moralmente obligatorias.

Durante buena parte de la historia, los seres humanos han vivido en comunidades relativamente homogéneas y han mantenido distancias muy fuertes respecto de otros grupos étnicos, religiosos, nacionales o culturales. Eso no demuestra que esa separación fuese moralmente buena. La historia no convierte automáticamente una conducta en virtud.

Pero sí permite señalar un hecho: la convivencia cotidiana, igualitaria y masiva entre poblaciones de procedencias raciales, religiosas y culturales muy diferentes no ha sido la situación ordinaria de la mayor parte de las sociedades históricas.

Nuestro mundo contemporáneo ha decidido -con razones morales que pueden defenderse- hacer precisamente de esa convivencia una norma. Y ha ido todavía más lejos: ha convertido en tabú decir «prefiero no convivir con determinado grupo étnico», «preferiría un espacio sin miembros de determinada religión» o «me incomoda convivir con personas de determinada procedencia».

La respuesta contemporánea es clara: tu incomodidad privada no constituye una razón suficiente para excluir a otra persona del espacio común.

Y aquí viene lo que me resulta fascinante. Porque esa misma sociedad acepta tranquilamente: «No quiero niños». No solo lo acepta. Lo comercializa. Lo anuncia. Lo convierte en una categoría hotelera. Lo transforma en premium.

3. No estoy defendiendo la discriminación racial

Conviene decirlo claramente porque, si uno establece una comparación, inmediatamente puede interpretarse que está igualando moralmente sus dos términos.

No estoy diciendo que haya que prohibir a determinadas razas entrar en hoteles. Estoy diciendo algo diferente. Estoy preguntando qué criterio estamos utilizando.

Si nuestra filosofía social afirma que la convivencia exige soportar cierta incomodidad causada por personas que no hemos elegido, ¿por qué desaparece repentinamente ese principio cuando las personas que incomodan son niños?

Si mi argumento para excluir a alguien fuese «su presencia me incomoda y yo quiero estar tranquilo», consideraríamos ese argumento escandalosamente insuficiente aplicado a casi cualquier identidad protegida. Pero aplicado a los niños se convierte en una campaña de marketing: ADULTS ONLY. TRANQUILIDAD. RELAX. SIN NIÑOS.

¿Nadie encuentra extraña esta inversión?

4. Lo históricamente excepcional se convierte en obligación; lo universal se convierte en molestia

Esta es la paradoja que me interesa. Hemos sido capaces de decir que determinados instintos de separación entre grupos deben educarse, reprimirse o superarse porque existe un principio moral superior de convivencia. Perfecto.

Pero simultáneamente estamos educando a la sociedad exactamente en la dirección contraria respecto de los niños. No: «aprende a convivir con ellos». Sino: «paga para evitarlos».

Y esto resulta todavía más paradójico porque la convivencia intergeneracional no necesita ninguna sofisticada justificación filosófica. Sin convivencia entre generaciones no existe sociedad.

Todos fuimos niños. Todos molestamos. Todos lloramos. Todos interrumpimos conversaciones. Todos hicimos insoportable alguna comida. Todos obligamos a adultos que no habían elegido nuestra existencia a soportarnos ocasionalmente.

La humanidad existe porque durante miles de generaciones los adultos han soportado a los niños.

«Sin convivencia entre generaciones no existe sociedad.»

5. El lujo liberal perfecto

Por eso creo que el adults only representa algo muy específico de nuestra cultura: el lujo liberal llevado hasta su consecuencia lógica.

No hablo aquí de liberalismo como teoría económica estricta, sino de una determinada antropología: el individuo soberano; el individuo consumidor; el individuo que ha pagado y, precisamente porque ha pagado, cree haber adquirido el derecho a controlar completamente su entorno.

No quiero ruido. No quiero interrupciones. No quiero obligaciones. No quiero personas que no haya escogido. No quiero niños.

El mercado responde: no hay problema. Podemos venderte una realidad a medida. Una habitación sin niños. Una piscina sin niños. Un restaurante sin niños. Un crucero sin niños. Un mundo convenientemente esterilizado de aquello que recuerda al individuo que no es la última generación de la humanidad.

Eso me parece más importante que la discusión jurídica acerca de si un establecimiento tiene o no derecho a hacerlo. Probablemente existan contextos en que sea perfectamente razonable. Mi problema es cultural: qué revela que exista una demanda creciente de ello.

6. El niño como fallo de mercado

Porque el niño está empezando a ser considerado una especie de externalidad negativa. El padre asume el coste de criarlo. Pero el niño también genera costes menores para todos los que se encuentran con él: hace ruido, ocupa espacio, necesita paciencia, ralentiza, interrumpe.

Y nuestro individuo contemporáneo pregunta: «¿Por qué tengo que soportarlo yo si no es hijo mío?». La pregunta parece racional. También es devastadora.

Porque llevada hasta el final convierte la reproducción en un asunto estrictamente privado cuyos costes corresponden exclusivamente a los padres, mientras los beneficios futuros de que siga existiendo una generación siguiente continúan siendo colectivos.

Dentro de treinta años todos querremos médicos, enfermeros, trabajadores, agricultores, ingenieros y personas que mantengan funcionando aquello que utilizamos. Pero hoy podemos enfadarnos porque esos futuros médicos, enfermeros, trabajadores e ingenieros están corriendo alrededor de nuestra mesa.

7. La diversidad que parece no gustarnos

Nuestra época habla constantemente de diversidad. Y hay una diversidad sobre la que casi nunca hablamos: la diversidad generacional.

Una sociedad está compuesta por niños, jóvenes, adultos y ancianos. Y todos tienen características que pueden incomodar a los demás. Los niños hacen ruido. Los adolescentes pueden ser escandalosos. Los ancianos pueden caminar lentamente. Los enfermos pueden necesitar ayuda. Las personas discapacitadas pueden exigir adaptaciones.

La convivencia consiste precisamente en aceptar que el espacio común no ha sido diseñado exclusivamente para maximizar nuestra comodidad individual.

Por eso me parece tan extraño que hayamos llegado a identificar la ausencia de niños con el lujo.

8. No quiero prohibirlo. Quiero poder juzgarlo.

Y aquí enlazo con una cuestión que considero fundamental. Que algo tenga que ser legal no significa que tenga que parecernos moralmente neutro.

No quiero una policía entrando en un hotel porque ha decidido especializarse en clientes adultos. Tampoco quiero un Estado obligando a nadie a tener hijos. Mi discusión es anterior a la ley. Es moral y cultural.

Me parece legítimo preguntarse qué clase de sociedad construimos cuando comenzamos a considerar la infancia algo de lo que conviene aislarse.

Y me parece todavía más legítimo señalar la contradicción de una cultura que nos exige -a veces con razón- superar nuestra incomodidad ante casi cualquier diferencia humana, mientras reconoce inmediatamente como un deseo respetable nuestra incomodidad ante los niños.

«Que algo tenga que ser legal no significa que tenga que parecernos moralmente neutro.»

9. Lo que antes era tabú y lo que ahora lo es

Hace relativamente poco, decir públicamente que uno quería un hotel «sin determinada raza» habría representado precisamente una forma de segregación que nuestras sociedades decidieron convertir en moralmente intolerable. Hoy lo sigue siendo.

Sin embargo, decir «quiero un hotel sin niños» puede aparecer en una elegante página web junto a una copa de vino, una piscina infinita y las palabras peace & relax.

Una exclusión se convirtió en tabú. La otra se convirtió en producto.

Y lo paradójico es que la convivencia interracial masiva es una construcción histórica relativamente reciente en muchísimas sociedades, mientras la convivencia entre niños y adultos es tan antigua como nuestra especie.

De nuevo: eso no convierte la segregación racial en buena. Demuestra otra cosa. Demuestra que somos perfectamente capaces de decirle al individuo: «tu preferencia, aunque exista, debe ceder ante determinadas exigencias de convivencia». Lo hacemos constantemente.

Por tanto, el argumento «es que hay gente a la que no le gustan los niños» no resuelve absolutamente nada. A mucha gente no le gustan muchas cosas. La pregunta moral siempre ha sido: ¿qué incomodidades consideramos legítimo exigirnos mutuamente para que siga existiendo un mundo común?

10. Tal vez el problema no sean los niños

Tal vez una civilización que empieza a necesitar hoteles, restaurantes, urbanizaciones, vuelos y espacios específicamente diseñados para no encontrarse con niños debería preguntarse si el problema son realmente los niños.

Quizá el problema sea nuestra tolerancia cada vez menor a cualquier frustración. Quizá hemos confundido bienestar con ausencia absoluta de molestias. Quizá hemos elevado la comodidad personal a criterio moral supremo.

Y quizá por eso el niño resulta particularmente ofensivo para nuestra época. Porque el niño rompe horarios. Rompe silencios. Rompe planes. Exige cosas. Recuerda al adulto que existen otros.

Y, sobre todo, recuerda algo todavía más incómodo: que el mundo no termina con nosotros.

El niño es la negación física del individualismo absoluto. Es alguien que todavía no produce, que necesita recibir, que obliga a sacrificar, que depende de una generación anterior y que, si todo funciona, continuará cuando nosotros hayamos desaparecido.

11. Una civilización que expulsa simbólicamente a su futuro

Quizá por eso me inquieta tanto el concepto adults only cuando deja de ser excepcional y comienza a convertirse en aspiración cultural.

No porque crea que un fin de semana sin niños sea el fin de Occidente. Sino porque los símbolos importan. Y éste es extraordinariamente claro: hemos empezado a vender como lujo la ausencia de la siguiente generación.

Mientras nuestra natalidad cae. Mientras envejecemos. Mientras hablamos constantemente de quién sostendrá nuestras pensiones, nuestra sanidad y nuestros cuidados. Mientras nos preguntamos por qué cada vez nacen menos niños.

Quizá una parte de la respuesta sea culturalmente mucho más sencilla de lo que queremos admitir. Llevamos décadas explicándonos a nosotros mismos que tener hijos es una carga, que sacrificarse es sospechoso, que la

máxima realización consiste en disponer completamente del propio tiempo. Y ahora incluso hemos convertido el no tener que ver a los hijos de los demás en una experiencia superior.

Me parece difícil imaginar una metáfora mejor.

Una civilización que necesita proteger a los adultos de la presencia de sus propios niños quizá no tenga un problema con los niños. Quizá tenga un problema con la idea misma de continuidad.

Coda: un mundo realmente adults only

Queríamos hoteles sin niños.

Restaurantes sin niños.

Piscinas sin niños.

Vuelos sin niños.

Calles sin ruido.

Casas sin sacrificios.

Una vida perfectamente cómoda.

Quizá terminemos consiguiéndolo.

Un mundo realmente adults only.

Solo que entonces ya no será un hotel.

Será la última civilización: la de los últimos niños, los últimos adultos y los últimos viejos.

Xema Gatnau